

ser cristiano: lo cual no solo no concedió, mas tambien los eehó de sí con grande indignacion. Entónces el yerno, lastimado de tan grande ceguedad, socorrióse á las reliquias deste sancto mártir, y con muchas lágrimas y gemidos entrañables le pidió lumbré para aquella ánima tan ciega, y trajo consigo unas pocas de flores que estaban sobre su altar, y púsolas de noche debajo de las almohadas del suegro. Durmió él aquella noche, y en despertando por la mañana, mandó que le llamasen al Obispo, el cual á la sazón estaba conmigo en Hipona. Y visto que estaba ausente, mandó llamar los sacerdotes, diciendo que él queria ser cristiano. Y maravillándose, y alegrándose todos desto, fué luego baptizado; y toda la vida traía estas palabras en la boca: Señor Jesús, recibe mi espíritu; y con ellas mismas acabó de ahí á poco la vida, no sabiendo él que estas fuéron las postreras palabras con que este sancto mártir espiró.

Despues de referidos estos y otros milagros, afligese este sancto doctor, por quanto otros milagros que él sabía dejaba aquí de contar. Y así dice: ¿Qué haré, que me es forzado dar fin á estos libros, y dame pena el callar otros muchos milagros? Y la misma pena recibirán los que saben lo que yo callo. Mas es cierto que si hubiese de escribir los milagros que en la ciudad de Calame se han hecho por virtud deste sancto mártir, era menester hinchar muchos libros; porque son innumerables los que allí se hacen. Y de sola Hipona se dieron, cuando yo esto escribia, setenta milagros por escrito, y muchos no se escribieron. Y en Uzali, que es una ciudad vecina á Utica, donde estuvieron primero que entre nosotros las reliquias deste sancto, se hacen los mismos.

Agora ruego yo al cristiano lector que pare aquí un poco, y considere la inmensa bondad, y suavidad, y caridad de Dios para con sus sanctos; pues no contento con la gloria que les tiene otorgada en la otra vida, tantas maneras de honras les hace en esta. Solo Dios por su propia autoridad puede hacer milagros. Y habiendo pasado cuasi treientos años que este sancto habia sido martirizado por su amor, parece que no se hartaba él de hacer milagros por él, do quiera que sus reliquias estaban; y que hasta las flores puestas en su altar bastasen para dar salud á una ánima perdida, como vimos sacándola de los infiernos, y poniéndola con la gracia del sancto baptismo en estado de salvacion. Pues ¿quién habrá que no ame tal bondad? ¿Quién no deseará servir á quien así honra á quien le sirve? ¿Quién no tendrá por bien empleada la muerte en servicio de aquel Señor que así honra á los que le honran? ¿Qué gloria dará en la otra vida á las ánimas de sus siervos quien tanta cuenta tiene con los polvos de sus cuerpos? Finalmente, ¿qué no esperarán los fieles siervos de un Señor tan fiel, tan bueno, tan liberal, tan agradecido, tan amigo de los suyos, y tan honrador dellos? Pues por esto dije al principio, que no solamente servian los milagros para confirmacion de la fe, sino tambien para mostrar á Dios por aquí la grandeza del amor que tiene á sus sanctos, y el deseo de honrarlos, pues tantas maravillas obra por las cenizas y reliquias de sus cuerpos.

Sant Ambrosio tambien refiere otro muy notorio milagro (q), hecho en la translacion de los cuerpos de los gloriosos mártires Gervasio y Protasio, que padescieron en tiempo del cruel Neron, en la ciudad de Milan.

(q) Epist. lib. 7. epist. 54.

Y porque ellos estaban sepultados en un lugar despreciado, aquel Señor, que tanta cuenta tiene con la gloria de sus sanctos y de sus reliquias, reveló á Sant Ambrosio, obispo de Milan, el lugar de su sepultura, para que de ahí los pasase á otro lugar conveniente á la dignidad de tales mártires. Habida esta revelacion, fué el sancto pastor con otros obispos y toda la clerecía, y cavando en el lugar señalado, hallaron los cuerpos de los sanctos con un libro á la cabecera, que relatava su martirio. Sacándolos pues de allí, y llevándolos á la iglesia con una solemnisima procesion de toda la ciudad, llegó un ciego, y tocando sus reliquias, súbitamente recibió vista en presencia de todo el pueblo. Sobre este milagro hizo Sant Ambrosio un sermón, confundiendo con él á los arrianos, y probando y encareciendo esta maravilla contra ellos. A este milagro se halló tambien presente Sant Augustin, y da testimonio dél en el libro veinte y dos de la Ciudad de Dios (r), diciendo que fué muy notorio, por ser grande la ciudad de Milan, y estar á la sazón el Emperador con su corte en ella. Tambien hace mencion del mismo milagro en el libro de sus Confesiones (s), diciendo que Justina, madre del Emperador, arriana, y por esto perseguidora de los católicos, movida por este milagro, cesó de la persecucion, aunque no de su herejía.

§. VI.

Prosigue los mismos milagros.

Ni nos falta aquí el testimonio del gloriosísimo papa Sant Gregorio, el cual escribió cuatro libros de vidas de sanctos italianos en estilo de diálogo, en los cuales refiere muchos milagros que él supo por relacion de personas dignísimas de fe, cuales habian de ser aquellas á quien este prudentísimo y sanctísimo pontífice habia de dar crédito, que bastase para él componer libros dellas. Mas entre esta muchedumbre de milagros contaré uno solo que toca á su persona (t). Dice él, que tenia una enfermedad, en la cual padescia tales desfallecimientos y flaquezas, que era necesario acudirle de presto con alguna cosa de comer. Llegóse la víspera de Pascua, y el sancto varon dice que sintió mas él no poder ayunar aquella sagrada vigilia, que la misma enfermedad. Por lo cual rogó á un sancto varon (cuya vida y milagros él habia escrito en sus Diálogos), le alcanzase de nuestro Señor que pudiese ayunar ese dia. Hizolo el sancto así, y llegado el dia hallóse tan esforzado, que ese dia y otro pudiera estar sin comer bocado. Y dice él que con esta súbita y miraculosa salud que recibió en sí, se confirmó mas en la fe de los milagros que deste sancto varon habia escrito.

Tambien Teodoreto, autor grave y antiguo, escribió otra historia de sanctos monjes que él alcanzó en su tiempo, en que refiere sus grandes virtudes y milagros. Y entre ellos escribe aquella admirable vida de Sant Simeon, que hacia vida morando sobre una columna, del cual este doctor fué muy familiar amigo; y gloríase de haber sido testigo de vista de sus milagros y profecías; y particularmente cuenta un milagro que él vió con sus ojos. Fué presentado á este sancto un soldado paralítico, por mano de su capitan, para que le diese salud, como la daba á otros innumerables enfermos. Preguntóle entónces el sancto varon dende lo alto de la columna: ¿Tú crees en la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sanc-

(r) Cap 8. (s) Cap. 7. (t) Libr. 5. Dialog. cap. 53.

to? Respondió él que sí. Dijo entónces el sancto: Pues en nombre de Jesucristo levántate, y toma á cuestras tu capitan, y véte con él. Dicho esto, levantóse el tullido, y tomó en brazos á su capitan (que era un hombre de muchas carnes), y fuése con él. En lo cual el sancto imitó las palabras que el Salvador dijo al paralítico de la Piscina (v): Levántate, y toma tu lecho y véte.

Por lo escripto hasta aquí se ve cómo mi intento ha sido escribir en este libro milagros tan ciertos, que ningún hombre cuerdo los pueda negar; pues todos ellos tienen por testigos de vista doctores sanctísimos y sapientísimos. Y tal es el que agora añadiré de Sant Juan Climaco: el cual despues de haber vivido diez y nueve años debajo de la obediencia de un sancto varon, muerto este, vivió en soledad cuarenta años con grande sanctidad y fervor de espíritu. Este pues, tratando en el capítulo iv de la Obediencia (x), de algunas virtudes señaladas que vió en un santo monasterio de aquel tiempo, entre otras cosas cuenta el milagro que aquí referiré por estas palabras: No quiso el Señor que me partiese de aquel monasterio sin provision de las oraciones de un sancto y admirable varon, llamado Mena, que tenia el segundo lugar despues del Abad en el regimiento del monasterio, que falleció siete dias antes que yo me partiese, despues de haber vivido cincuenta años en el monasterio, y haber servido en todos los oficios dél. Celebrando pues nosotros tres dias despues de su fallecimiento el acostumbrado oficio de los defunctos por el ánima de tan gran padre, súbitamente el lugar donde estaba su sancto cuerpo fué lleno de un olor de maravillosa suavidad. Permitted pues aquel gran padre que se descubriese el lugar donde el sagrado cuerpo yacia; y esto hecho, vimos todos que de sus preciosísimas plantas (como de dos fuentes) manaba un unguento suavísimo. Entónces el padre del monasterio volviéndose á todos, dijo: ¿Veis, hermanos, cómo los sudores de sus cansancios y trabajos fueron recibidos de Dios como un unguento preciosísimo? Deste beatísimo padre Mena nos contaban los padres de aquel lugar muchas y grandes virtudes. Entre las cuales contaban esta: que queriendo el padre del monasterio probar su paciencia, viniendo él una vez de fuera, y prostrado ante el Abad, pidiéndole la bendicion (segun era de costumbre), él lo dejó estar así prostrado en tierra dende el principio de la noche hasta la hora de los maitines. Y á aquella hora acudió á darle la bendicion, y levantarle del suelo, reprehendiéndole como á hombre impaciente, y que todas las cosas hacia por vanidad y ostentacion. Sabía muy bien el sancto padre cuán fuertemente él habia de sufrir esto: por lo cual quiso dar este público ejemplo para edificacion de todos. Y un discípulo deste sancto Mena, que sabía muy por entero los secretos de su maestro (de que algunas veces nos daba parte), preguntándole yo curiosamente si por ventura vencido del sueño se habia dormido estando así prostrado, afirmónos que estando así habia rezado todo el Psalterio de David. Hasta aquí son palabras de Sanct Juan Climaco.

Mas antiguo que no este fué Sant Gregorio Nacianceno, el cual por su gran sabiduría mereció sobrenombre de teólogo, y fué arzobispo de Constantinopla (aunque mayor gloria ganó en dejar esta dignidad, que en alcanzarla), y Sant Hierónimo se gloria de haberle tenido por maestro. Este tan señalado varon, quanto sus escripturas y vida sanctísima declaran, en un sermón que hizo

(v) Joann. 5. (x) §. 2. in med.

en la muerte de una hermana suya, por nombre Gorgonia, mujer sanctísima, dice que ya puede publicar un milagro que hasta aquel tiempo tenia encubierto. Y fué, que padesciendo esta su hermana una terrible enfermedad á que los físicos no podian dar remedio, ella se levantó como mejor pudo de noche, y entrando en su oratorio, se puso de rodillas ante el altar donde tenia el Sanctísimo Sacramento, y llena de fe y confianza, dijo al Señor que presente en aquella sagrada hostia tenia: Señor, no me tengo de levantar de aquí, hasta que me déis salud. De ahí se levantó luego sana, maravillándose despues los médicos de tan súbita salud, sin saber la causa della. Con tal fe como esta quiere aquel clementísimo Señor ser rogado; y á tal fe, como él mismo dice (y), no hay cosa imposible.

Este milagro susodicho tuvo en secreto este sancto doctor durante la vida de su hermana, como dijimos. Mas otro cuenta él en el mismo sermón, el cual dice que fué público, no solo en aquella ciudad donde ella moraba, mas tambien fuera della. Y el caso fué, que yendo ella en un carro, las mulas que lo llevaban se espantaron, y corriendo á toda furia, arrastraron el cuerpo desta señora de tal manera que se le desencajaron y maltrataron fea y miserablemente los miembros, así los exteriores, como los interiores de su cuerpo. Mas la sancta mujer era tan amiga de su honestidad, que no consintió que fisico ni zurujano viese sus carnes, sino volviéndose llena de fe y amor al Señor que amaba entrañablemente, pidióle que él quisiese ser su médico, y la sanase; y acabada esta oracion, á la hora fué sana. Donde vemos (dice este sancto doctor) que hizo nuestro Señor aquí mas de lo que prometió por su Profeta, cuando dijo (z), que si el justo cayese, no se quebrantaria, porque él pondría su mano debajo. Mas aquí pasó adelante, dando súbita salud al cuerpo con la caída quebrantado. ¡Oh admirable calamidad, dice este sancto, tan digna de ser alabada! ¡Oh dolor y enfermedad mas excelente que la misma salud! ¡Oh cuán de verdad cumple aquí el Señor aquella promesa que dice (a): El Señor herirá, y él tambien sanará. Y esta maravilla fué, como dijimos, muy notoria, porque la fama deste milagro corrió por otras tierras apartadas desta, y así anda en los oídos y lenguas de todos. Estas palabras son deste sancto doctor; el cual, demas de su sanctidad y doctrina (la cual fué tal, que Sant Hierónimo se gloria de haber sido discípulo suyo), no pudiera decir en un público sermón cosa que, á no ser verdadera, tuviera contra sí todo el auditorio, y toda la tierra que lo desmintiera. En lo cual se verá que no refiero yo aquí milagro que no sea digno de ser creído de cualquier hombre prudente y sabio.

Mas antiguo que todos estos doctores susodichos fué Cipriano, el cual en vida y muerte, y en sus escritos fué siempre mártir, y esfuerzo de todos los mártires (como parece por las elegantísimas cartas que les escribia cuando estaban presos). El tambien en el sermón que se intitula de *Lapsis* refiere (b) algunos miraculosos castigos de los que sin debida penitencia indignamente se llegaban á comulgar. Tambien en sus Epístolas escribe algunas revelaciones con que nuestro Señor prevenia y avisaba á su Iglesia, cuando se habia de levantar alguna persecucion. Mas en un sermón que él hacia para esforzar á los cristianos á que no temiesen la muerte, dice

(y) Matth. 17. et 21. Marc. 11. (z) Psalm. 36. (a) Job. 5. Deut. 32. (b) In serm. ordine 5.

que muchas veces nuestro Señor por su infinita bondad le había expresamente mandado predicar á los fieles, que no llorasen á sus hermanos defunctos, ni tomasen por ellos vestiduras prietas, porque ellos habían ya recibido en el cielo ropas blancas, y que supiesen que no los habían perdido, sino enviado delante á tomar la posesion del reino del cielo. Este milagro de la revelacion divina cuenta en este sermón.

No será razon que entre tantos y tan graves doctores, nos olvidemos del dulcísimo y sanctísimo Bernardo. El cual quanto fué mas humilde, y mas ajeno de toda vanagloria, tanto mayor gracia y virtud recibió para hacer milagros; tanto que un plato en que él había comido bastó para dar salud á un enfermo: en tanto estima el Señor todas las cosas de sus sanctos, y así los honra. Otra vez, predicando el sancto (c) varon contra una herejia diabólica que se había levantado en su tiempo, mandó traer ante sí un cesto de pan, y dijo con una grandísima fe y celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las ánimas, á todo el pueblo que presente estaba: En confirmacion de la verdad que yo os he predicado, y condenacion desta nueva herejia, quien quiera que comiere deste pan, sanará de cualquier enfermedad que padeciere. Y temiendo el Obispo que presente estaba esta tan gran promesa, dijo: Entiéndese esto comiéndolo con fe. A esto acudió el sancto varon, diciendo: No digo yo así; sino quien quiera que dél comiere, será sano; y así se cumplió lo prometido. De la vida deste sancto están escritos cinco libros; y uno dellos trata de los milagros que hizo en vida, y hállanse aquí escritos ciento y sesenta y tantos milagros. Pues ¿qué hombre habrá tan incrédulo y tan enemigo de la fe, que crea todos estos milagros haber sido fingidos? Mas con todo esto yo me contento para mi propósito con solo uno que el mismo sancto refiere en la vida de Sant Malaquías que él escribió. Donde dice, que estando el cuerpo deste sancto obispo para ser sepultado en su monasterio de Claravale, donde falleció, y haciendo los monjes el oficio de la sepultura, dice Sant Bernardo que vió allí un muchacho con un brazo caído, el cual no podía mandar, ni se servía dél para nada. Entónces el sancto varon tomó al mozo por la mano, y llevólo do estaba el cuerpo del defuncto; hízole tocar en él, y súbitamente fué sano. Esto pasó por mano del mismo glorioso Bernardo, el cual quiso hacer por virtud del sancto lo que él por sí pudiera muy bien hacer, mas como verdadero humilde quitó la gloria de sí, y dióla al sancto.

§. VII.

Prosigue la misma materia.

Vengamos á los sanctos mas vecinos á nuestros tiempos: cuales fuéron en un mismo tiempo los dos gloriosos padres, fundadores de dos tan señaladas órdenes, Sancto Domingo y Sant Francisco, cuyas vidas están llenas de virtudes y de milagros. Y dejados aparte otros muchos milagros que se escriben de nuestro glorioso padre Sancto Domingo, por los cuales poco despues de su glorioso tránsito fué canonizado, y su sagrado cuerpo trasladado á otro lugar digno de su sanctidad, ¿quién osará negar aquel famoso milagro que hizo, de que toda Roma fué testigo, resuscitando al sobrino de un cardenal, que cayendo de un caballo se había hecho pedazos, estando presente el mismo cardenal con toda su familia,

(c) Tract. Miracul. D. Bern. in calce oper.

y todas las monjas de un solemne monasterio, y otra mucha gente? De manera que no curó de mandar salir fuera la gente que allí estaba, como hizo Sant Pedro cuando quiso resuscitar aquella sancta viuda (d), sino en presencia de todos, diciendo misa se arrebató en espíritu, y acabada la misa se llegó al cuerpo, y concertando por su orden los miembros, le tomó por la mano, y en virtud del nombre de Cristo, llamando al mancebo muerto por su nombre, le volvió á la vida; dejando á todos los que presentes estaban atónitos, viendo tan grande maravilla. Pues á no ser esto verdad, ¿quién osará escribir una cosa que no siendo verdadera tenia contra sí por testigo á toda Roma? Pues desta manera, y con tales muestras de sanctidad autorizaba Dios á los sanctos, que él diputaba para que fuesen patriarcas, y fundadores de las órdenes que él quería instituir para edificacion de su Iglesia.

Y pues he tocado en la sanctidad del padre, tambien diré algo de la de uno de sus gloriosos hijos, que fué Sant Vicente Ferrer; rogando al cristiano lector quiera leer su vida, porque en ella verá que el espíritu de los apóstoles, y de Sant Pablo no se acabó con su vida; porque en este glorioso padre resucitó el espíritu deste apóstol, porque por tantas tierras y naciones anduvo predicando como él, y esto con inestimable fructo y conversion de muchas ánimas de fieles y infieles. A quien tan fácil y tan familiar cosa era hacer milagros, sanando todo género de enfermedades, como tocar con la mano en la cabeza. Y demas desto, no una sino muchas veces dió de comer á gran número de gente que le seguia, con muy poco mantenimiento, tanto que en su canonizacion se contaron ochocientos y setenta milagros que él hizo fuera de España. Pues ¿quién será tan incrédulo ó tan desvergonzado, que diga todos estos milagros ser fingidos, como quiera que uno solo que sea verdadero baste para confirmacion de nuestra fe? Y no entran en esta cuenta los milagros que hizo en España, que fuéron muchos mas, por haber predicado mas tiempo en ella. Y demas desto nuestro Señor tuvo por bien de consolarlo en tantos discursos y trabajos como por su amor padescia, revelándole que había de ser canonizado y puesto en el catálogo de los sanctos, y quién lo había de canonizar, y en qué tiempo. Y así viniendo á tomar su bendicion un virtuoso mancebo en Valencia, que despues fué papa Calixto, le reveló nuestro Señor que aquel había de ser papa, y que él lo había de canonizar; y algo desto dijo él al mancebo, encomendándole el estudio de las letras, y mucho mas de la virtud. Y estando Sant Bernardino oyendo un sermón suyo, dijo en presencia de todos: Aquí está un padre de la orden de Sant Francisco, al cual tomará nuestro Señor por instrumento para alumbrar á Italia, y aunque es mas mozo que yo, será primero honrado en la Iglesia que yo. Esto dijo, porque seis años ántes que él fué canonizado. Y con tener estas tan magnificas revelaciones de nuestro Señor, y obrar tantos milagros por él, no tuvo necesidad del estímulo de Satanas que lo humillase, para que no se ensalzase con ellas. De sus virtudes no diré aquí mas que sola una, por ser rara y singular; y es, que como él, no contento con los trabajos de las predicaciones de cada dia, y de los continuos caminos, tuviese por estilo tomar cada dia una disciplina, cuando acacia estar enfermo en cama, mandaba á un compañero suyo

(d) Actor. 9.

que se la diese, conjurándole de parte de Cristo que cargase bien la mano sobre él: tan grande era la devocion y constancia que el sancto varon tenia en los buenos propósitos que proponia. Pues ¿qué no había de hacer aquel tan fiel y tan agradecido Señor en favor y honra de quien con tanto fervor y perseverancia le servia?

Y pues tratamos brevemente del hijo, no será razon quedar en olvido la hija, y mas tal hija: que es la bendita virgen Sancta Caterina de Sena. Pues en la vida suya ¿cuántos milagros hallaremos, y cuán verdaderos y admirables? Porque su vida escribió su confesor Fray Raimundo, el cual por sus méritos y virtudes vino á ser general de toda nuestra orden, y de la boca de la misma virgen supo muchas de las cosas que escribió. Y demas desto, al principio de tres libros que escribió de su vida, hace un solemne juramento de no decir cosa que no declare la manera en que la supo, y de muchas fué él testigo de vista. Mas entre tantos milagros no haré mencion mas que de uno solo, por haber sido muy notorio, el cual está autenticado, y probado por el papa Pio II en la bula de su canonizacion. Y fué que esta virgen estuvo sin comer (mas que solo el sancto Sacramento) dende el dia de la Ceniza, hasta el dia de Pentecostés, que son mas de tres meses. Y de ahí adelante hasta el dia que murió perseveró así, aunque por el escándalo, y persecuciones grandes, y por los juicios de los ignorantes que se levantaron contra ella, mastigaba unas verbas cocidas que comia y tragaba solo el zumo dellas, y acabada la comida tomaba una pluma, y poniéndola en la boca tornaba á vomitar lo que había tragado, porque le daba gran tormento retenerlo en el estómago. Y este le era un linaje de martirio, que nuestro Señor quiso que esta esposa suya padeciese en su vida. He referido este milagro solo, por haber sido muy público, y haberse hecho por sus confesores tantos exámenes é inquisiciones sobre él (por ser la cosa tan sobrenatural y tan nueva), que no ha lugar poderse esto negar: mayormente estando parte desto (como dije) autenticado en la bula sobredicha.

Pues sobre las llagas del bienaventurado padre Sant Francisco (por ser la causa tan nueva y tan admirable, ver las mismas insignias del Hijo de Dios y Señor de todo lo criado, en un hombre vestido de andrajos) ¿qué examen, qué inquisicion se hizo en vida dél, tomando juramento sobre los sanctos Evangelios á los que desto podian dar fe como testigos de vista? Mas no fuéron menester para la prueba deste milagro mas testigos que los ojos. Porque en el cuerpo del glorioso sancto, despues de fallecido, vieron cuantos presentes se hallaron esta maravilla. Y así la vió la bienaventurada virgen Sancta Clara con todas sus monjas, por cuyo monasterio pasaron el sagrado cuerpo los que lo llevaban á sepultar.

Éstos pocos milagros tan dignos de fe he querido aquí referir, así para gloria de la religion cristiana, que tales testigos tiene, como para convencer á los que dan poca fe á los milagros. Los cuales si quieren aun mas testimonios, lean las bulas de la canonizacion de los sanctos: para la cual hace la Iglesia grandísima diligencia por personas de grande autoridad (como se podrá ver en la bula de la canonizacion de Sancta Catalina de Sena), demas de la asistencia del Espíritu Sancto, que no consentirá que la Iglesia yerre en cosa tan importante, y ahí hallará muchos y muy auténticos milagros. Lea tam-

T. VI.

bien las vidas de algunos sanctos que escribieron grandísimos autores, como Atanasio la del gran Antonio, Hierónimo la de Hilarion, Sant Bernardo la de Sant Malaquías, Teodoro la de Sant Simeon el de la columna, y otras muchas; y Sulpicio Severo la de Sant Martin: los cuales fuéron contemporáneos de los sanctos, cuyas vidas y milagros escribieron, y los dos postreros familiares amigos, y testigos de vista de los milagros que escribieron. Algunos de los cuales fuéron tan públicos y notorios, que todos los que entónces vivian eran testigos dellos: como fué este que diré. Una aldea había en la tierra de los senonas, en la cual caia todos los años tan gran tempestad de granizo, que destruia todos los trabajos y sementeras de los labradores; los cuales afligidos con este daño, pidieron socorro á Sant Martin. Hizo el sancto oracion por esta plaga, y en espacio de veinte años que el sancto vivió en la tierra, nadie vió granizo en aquella region. Y para dar nuestro Señor á entender que esto no había sido acaso, sino por los méritos del sancto, despues de su fallecimiento luego tornó la misma tempestad. Esto escribe Sulpicio haber acaecido en su tiempo. Pues ¿osara este escritor fingir algo en cosa tan sabida y tan notoria?

Lea tambien la peregrinacion de aquellos siete religiosos de Palestina que anduvieron visitando los sanctos monjes de Egipto (de que adelante hacemos mencion), la cual anda en el libro de las vidas de los sanctos padres: y ahí verá los milagros que estos sanctos religiosos vieron y experimentaron. Porque el primero (cuya vida allí se escribe), que fué Sant Juan de Egipto (de quien las historias eclesiásticas dicen que revelaba al emperador Teodosio el sucesso de sus batallas), les sanó uno de los compañeros que consigo traian enfermo, y les reveló que aquel dia era llegada nueva á Alejandria que Teodosio había vencido al tiranno Eugenio, y que de ahí á poco había de partir el buen Emperador desta presente vida, y que Paladio (que era uno de los siete peregrinos) había de ser obispo, como despues lo fué, de Capadocia; y preguntando el sancto si entre ellos venia alguno de orden sacro, y respondiendo que no, señaló él á uno con el dedo, y dijo: Este es diácono. Lo cual no sabía mas que un solo compañero, porque el diácono por mas humildad había encubierto esta dignidad. La historia desta peregrinacion escribió Paladio en griego, y otro de los mismos hermanos en latin: donde la sanctidad y conformidad de los historiadores en todo lo que escriben, y ser siete los testigos destas cosas, no dan lugar para poderse presumir aquí cosa fingida. Esto baste de los milagros antiguos, para que se vea que en la religion cristiana no hay como quiera milagros, sino que llueven sobre ella milagros. Mas no es razon que calleemos algunos muy notorios de nuestra edad, los cuales confirmarán la verdad de los pasados.

§. VIII.

Milagro que cuenta el emperador Antonino Pio.

Despues destes milagros que cuentan varones sanctísimos (de que fuéron testigos de vista), no puedo dejar de contar otro no ménos ilustre que refieren nuestros mismos enemigos, que son testigos sin sospecha, porque son autores gentiles; los cuales escribiendo las vidas de los emperadores romanos, cuentan este milagro; entre los cuales es uno Amiano Marcelino en la vida del emperador M. Antonino. El cual milagro refiere tambien

24

Justino, mártir y filósofo, en una defension de nuestra fe que envió al emperador Antonino Pio; al fin de la cual pone tres cartas de emperadores escritas en favor de los cristianos, y la tercera es del emperador M. Aurelio Antonino, escrita al senado romano; cuyo tenor es el que se sigue. El emperador César M. Aurelio Antonino, Germánico, Pártico, Sarmático, al sacro senado y pueblo romano, salud. Parecióme daros cuenta en esta carta de nuestros trabajos, y del suceso de la guerra de Alemania, y de los peligros y dificultades en que me he visto estando cercado dentro de nueve millas, de setenta y cuatro dragones, que eran las insignias de los enemigos. De lo cual me dieron noticia las espías, y Pompeyano, maestro de campo. Con lo cual me vi en grande aprieto junto con las legiones de mi ejército, viéndome cercado de infinita muchedumbre de enemigos, en la cual había nuevecientos y setenta y cinco mil, y todos armados. Y como yo no tuviese gente bastante para romper con tan gran número de bárbaros, acogíme con toda devoción á los dioses de nuestra patria, en los cuales ningún socorro hallé. Entónces viéndome en tan grande aprieto, hice convocar á los que llamamos cristianos, de los cuales se hallaron muchos. Y contra ellos yo me embravescí: lo que no debiera hacer por el poder admirable que despues en ellos conocí. Los cuales comenzaron luego á tratar de nuestro remedio; y esto sin saetas, ni armas, ni trompetas (como gente ajena de todo este aparato), contentos con el favor de su Dios, que traen en su consciencia. Y es cosa creible que lo traen por armas y defension dentro de su pecho, puesto caso que los tenemos por impíos, que es, ajenos de toda religion. Ellos pues prostrados en tierra hicieron oracion, no solo por mí, sino tambien por el ejército, pidiendo socorro á su Dios contra la hambre y sed que padesciamos; porque cinco dias eran pasados en que nos habia ya faltado el agua, estando en tierra de enemigos y dentro del mismo corazon de Alemania. Pues como ellos se prostrasen en tierra, y hiciesen oracion á un Dios que yo no conozco, luego á la hora cayó del cielo sobre nosotros una agua frigidísima, y sobre nuestros contrarios una tempestad de granizo y de rayos; con lo cual luego sin tardanza conocimos el socorro invincible de un Dios potentísimo. Por tanto, dende agora permitimos á este linaje de hombres que sean cristianos, porque por ventura no pidan contra nosotros otra semejante tempestad. Y así mando y establezco que no se tenga por crimen á nadie la religion cristiana. Y si alguno acusare al cristiano por solo título de cristiano, quiero que al acusado ninguna pena se le dé por este título, no habiendo en él otro delicto, y el acusador mando que sea quemado vivo. Y este decreto mio y del Senado quiero que sea firme y válido; y mando que sea afijado en la plaza de Trajano, para que públicamente pueda ser visto y leído; y de ahí sea enviado á las provincias por orden de Verasio Polion, gobernador de la ciudad. Asimismo doy licencia para que todos puedan trasladar este nuestro edicto, conforme al original que públicamente fué propuesto en el lugar sobredicho.

Esta es pues la carta deste emperador: en la cual él mismo refiere este tan magnífico y famoso milagro, con el cual aquel Rey soberano quiso confirmar la verdad de nuestra sancta fe, y mostrar cuán grande sea la eficacia de la perfecta oracion, y con cuánta razon se llama él en

las Escrituras Dios de los ejércitos (e); pues en un momento sin arco y sin saetas desbarató un ejército tan poderoso.

§. IX.

De otros milagros señalados de nuestra edad.

Tras de los milagros referidos por los sanctos que aquí habemos alegado, me pareció contar algunos de nuestra edad, para convencer á algunos que dan poco crédito á los milagros pasados, y con estos se podrá convencer su incredulidad, y aun se acrescentará la fe y crédito de los que hasta aquí se han contado.

Entre estos pongo por muy notorio el de los sanctos Corporales de Daroca, que hoy día son vivos, del cual milagro está escrito un libro dirigido al invictísimo emperador Don Carlos, quinto deste nombre, y á la gloriosa emperatriz, su mujer: los cuales fuéron á visitar y adorar al Señor que en aquellos corporales está. Mas diré yo aquí en summa lo que este libro contiene, y lo que es á todo el mundo notorio. En el reino de Valencia, en el año del Señor de mil y docientos y treinta y nueve, vino una gran muchedumbre de moros sobre un pequeño ejército de solos mil cristianos que estaban recogidos en un castillo. Viendo pues ellos que siendo tan pocos, y estando muy léjos de Valencia para haber de ser recorridos, era imposible dejar de ser vencidos de tan grande ejército, si no fuese por muy especial milagro y favor de Dios, procuraron de lo alcanzar seis capitanes principales que en aquel ejército habia, confesándose y recibiendo el sanctísimo Sacramento; porque siendo pocos los sacerdotes que allí habia, y estando cerca los enemigos, no habia lugar para que todos hiciesen lo mismo. Estando pues estos confesados y oyendo misa, y consagradas ya seis formas para comulgar en ella, diéronles rebate, que los moros estaban ya sobre ellos. Por lo cual les fué forzado dejar la comunión, y acudir á las armas. Entónces el sacerdote que decia la misa, envolvió las seis formas en los corporales, y á gran priesa los escondió debajo de una piedra. Mas nuestro Señor, mirando el aparejo y la buena voluntad que estos fieles capitanes tuvieron de recibirle, y teniendo respecto á la confianza que en él pusieron y al socorro que le pidieron, de tal manera esforzó á ellos, y á los demas por ellos, que desbarataron en breve espacio los moros, y hicieron gran matanza en ellos, y los demas huyeron. Entónces ellos volviendo victoriosos y agradecidos por el beneficio recibido, quisieron acabar lo comenzado, que era recibir el sancto Sacramento. Acudió entónces el sacerdote á traer los corporales que habia escondido; y descogiéndolos en el altar, halló las formas teñidas en parte de sangre, y pegadas en los corporales; como agora se ven. Y declarado el misterio, y descubiertos los corporales, fué grande la admiracion y devocion, y las lágrimas que allí se derramaron, dando gloria y gracias á Dios por esta maravilla. En este tiempo los moros volvieron á rehacerse, y apellidar toda la comarca, y vinieron segunda vez á dar sobre los cristianos. Mas ellos esforzados con el beneficio recibido, mandaron al sacerdote que se pusiese en un lugar alto, tendidos los corporales á vista del ejército para animarlo. Y esto hecho, dieron sobre los enemigos con tan grande impetu, y hicieron tan grande riza en ellos, que toda aquella tierra estaba cubierta de sangre y de cuerpos muertos. Habida esta

(e) 1. Reg. 4. 4. 15. 2. Reg. 5. 6. 7. Esai. 1. etc.

victoria y acabada con ella la guerra, comenzaron á alzar sobre dónde se pondría aquella preciosísima reliquia; porque cada uno quisiera honrar su tierra con ella. Pasáronse en esto grandes trances y contiendas. Mas el Capitan general prudentemente dijo, que pues aquella obra era de Dios, á él pertenecía declarar el lugar de su morada. Pareció esto bien á todos, y acordaron que la voluntad de Dios se conociese por suertes. Echáronse pues tres veces suertes, y todas tres cayó la suerte á Daroca, de donde era el sacerdote que habia consagrado las Formas. Mas ni aun con esto quedaron satisfechos, sino tomaron otro acuerdo: que buscasen una mula mansa que no hubiese caminado por tierra de cristianos, y puestos los Corporales en un cofre muy bien atado, la dejasen ir por do ella quisiese, y el lugar donde parase fuese diputado para aquel precioso depósito. La mulilla iba delante, y detras los sacerdotes con sus cirios encendidos, y tras ellos la gente de guerra con sus capitanes; y andando por este camino salian de las villas la clerecía y la gente alabando á Dios, y ponian delante de la mulilla cebada, y alfalfa, y otras cosas, para que cebándose allí y parando en aquel lugar, gozasen de aquellas preciosas reliquias. Mas nunca la mula por esto se paró en alguno destes lugares, hasta que llegó á Daroca, y entró por las puertas de un hospital que estaba fuera de la ciudad. Y allí acaesció otra maravilla; porque así como la mula entró en la iglesia, hincadas los rodillas espiró; porque no quiso nuestro Señor, ni era razon, que bestia que en tal ministerio habia servido, sirviese en otro uso de la vida humana. Pues desta manera quedaron los Corporales en Daroca, y ahí acudieron reyes, y príncipes, y grandes señores á ver aquella maravilla, y adorar al Señor que en aquellos Corporales está. De ahí fuéron enviados embajadores al papa Urbano IV para hacerle relacion de lo que pasaba: el cual concedió grandes indulgencias á los que visitasen aquella reliquia, y otros papas las confirmaron y acrescentaron, como parece por las bulas que están en los archivos de la iglesia de Daroca. Y veinte años despues desto fué instituida la fiesta del Corpus Christi. Esta es en summa la historia deste milagro. Para probar la verdad del no son menester mas testigos que los ojos de los que cada año lo ven, cuando sacan estos Corporales para que sea en ellos adorado el Señor que en ellos está. Donde se reconocen dos milagros: el uno es, estar hoy día aquellas formas enteras sin alguna corrupcion á cabo de trecientos y treinta años que fuéron consagradas, lo cual por via de naturaleza es totalmente imposible; y otro es, estar teñidas y matizadas á partes con sangre. Venid pues, herejes sacramentarios, y si no dais crédito á las sanctas Escrituras, dadlo siquiera á vuestros ojos; y vista esta tan grande maravilla, adorad juntamente con nosotros al Señor que está allí presente, el cual hasta hoy ha querido estar allí para que vuestra herejía no tenga excusa delante dél.

§. X.

Del milagro, y Sancta Forma de Fromesta.

Otro milagro no ménos ilustre, ni ménos cierto y averiguado se escribe muy por extenso en la segunda parte de la Historia Pontifical, en el capítulo xiv, folio 85, adonde remito al piadoso lector por ser muy digno de ser leído. La summa dél referiré aquí. En Castilla, en la villa de Fromesta, del obispado de Palencia,

acaesció que un hombre llamado Pero Fernandez debia ciertos dineros á otro, sin haber medio para poderlos cobrar dél, hasta que le obligó á ello con una sentencia de excomunion por la cual fué forzado á pagarle. Y pareciéndole que con esto cumpla, no trató de pedir absolucion de la censura. Llegó este hombre á punto de muerte, y trájole el cura el sancto Sacramento acompañado con mucha gente. Y hechas ya las preguntas ordinarias, queriendo administrarle el sancto Sacramento que traia en una patena de plata, por ninguna via ni diligencia lo pudo despegar della. Y espantado desto, así él como toda la gente que presente estaba, mandó salir á todos fuera, y pensando que podria ser esto por algun pecado que le quedase por confesar, y preguntándole esto, supo dél que ninguna culpa habia dejado por confesar. Congojado pues así el doliente como el cura con esta perplejidad, vino á preguntarle si habia incurrido en alguna excomunion, de que no estuviese absuelto. Entónces el doliente se acordó de la negligencia pasada, y absuelto della fué comulgado con otra forma, quedando aquella primera guardada para memoria deste milagro. El cual dura hoy día, y el sancto Sacramento está en la misma patena sin alguna corrupcion, como si agora se acabase de consagrar. Es visitado este sanctísimo misterio de muchas gentes. Y yo (dice el historiador Illescas), aunque indignísimo, he tenido en mis manos la patena con grandísima admiracion de ver que á cabo de ciento y veinte años están las especies del pan sin alguna corrupcion. En lo cual entrevienen dos milagros: el uno en estar así pegada la forma á la patena, y el otro en carecer de corrupcion á cabo de tanto tiempo. Los cuales milagros no solo sirven para la adoracion y reverencia del sanctísimo Sacramento, sino tambien para confesar la eficacia de las censuras eclesiásticas. Y lo uno y lo otro sirve para confusion de los herejes que ambas cosas niegan. Los cuales no sé cómo no se confundirán, visto un milagro tan palpable y tan notorio como este, que ellos podrán ver con los ojos si quisieren.

En la misma segunda parte de la Historia Pontifical en el §. 3.º, folio 448, se escribe otro singular milagro deste sanctísimo Sacramento: el cual acaesció en el reino de Polonia, cuasi en nuestros dias; por el cual muchos herejes se convirtieron á nuestra sancta fe. Es milagro no ménos digno de ser leído, adonde remito al cristiano lector.

Otro milagro permanece hasta hoy en un lugar de Italia que se llama Montefalco, en un monasterio de monjas Augustinas, testificado y autenticado en escripto por el reverendísimo cardenal Siripando, cuando era general de la orden de Sant Augustin, y visto y referido por personas dignísimas de fe, así eclesiásticas como seculares; entre las cuales es una el reverendísimo señor Don Jorge de Tayde, obispo que fué de Viseo. Y el milagro es, que en aquel monasterio vivió una sancta religiosa devotísima de la sagrada Pasion; y despues de fallecida, por especial dispensacion y voluntad de Dios, le fué sacado el corazon y abierto en dos partes: en las cuales se ven hoy día esculpidos todos los instrumentos de la sagrada Pasion. Y junto con esto en la bolsica de la hiel se hallaron tres peloticas cada una tan grande como una avellana: las cuales pesadas, se halla que tanto pesa una sola como las dos, y tanto una como todas tres. Porque tomar el peso de una dellas en alguna otra materia; y puesta en una balanza, y las tres en otra, tanto pesa aquella sola

como todas tres. Lo cual nos declara el misterio de las tres Personas divinas, en las cuales no hay mas que una sola esencia en tres personas. Por donde no tiene menos una que todas tres; porque la esencia de la una es la misma que hay en todas tres.

§. XI.

De otros dos perennes milagros.

En la misma Italia es muy notorio el milagro de la sangre de Sant Genaro. Fué este glorioso mártir degollado en un lugar que está dos leguas de Nápoles, adonde una mujer por devocion recogió del suelo un poco de la sangre del dicho sancto, y la puso en una redomilla, adonde se ve claramente estar tan dura como una piedra; y todos los años el primer sábado de mayo ponen la cabeza deste sancto en un cierto lugar de la ciudad de Nápoles, y llevan con gran solemnidad y procesion por toda la ciudad aquella redomilla adonde está la sangre endurecida; la cual en acercándose al lugar adonde está la cabeza del sancto, á vista de todos comienza á derretirse, de modo que se ve que la que estaba tan dura, se va moviendo dentro de la redoma, con una espumilla como si la sacaran en aquel punto del cuerpo del sancto. Y así juntos en procesion y muy acompañados, llevan la dicha cabeza y sangre derretida, y la ponen en el lugar acostumbrado, que es la iglesia mayor de Nápoles, en una capilla adonde están muchos otros cuerpos de sanctos. Y puesta la dicha sangre en su lugar, apartada de la cabeza, vuelve á endurecerse. Y no solo este dia señalado, mas todas las veces que ponen esta sangre delante de su cabeza, vuelve á derretirse como está dicho, viéndose mover dentro de la dicha sangre algunas pajuelas que anduvieron envueltas con esta sangre cuando aquella piadosa mujer la recogió. Mas no será razon que pase por aquí el cristiano sin reconocer el amor y regalo de la divina Providencia, lo uno para honrar sus sanctos (pues á cabo de tantos años que el mártir le honró con su pasion, lo honra él con esta maravilla, tantas veces repetida, para que así sea el sancto mas honrado), y lo otro, para alumbrar y convencer á los incrédulos de los milagros, viendo cada dia este tan manifiesto y tan notorio.

Tampoco podemos dejar de reconocer por milagro muy notorio á todo el mundo la virtud que los reyes de Francia tienen para sanar un mal contagioso y incurable, que es de los lamparones. Porque aquel Señor (á cuya providencia pertenece proveer de remedio á sus criaturas), entre infinitas maneras de yerbas medicinales que crió para la cura de las enfermedades de nuestros cuerpos, quiso que para esta que era incurable, hubiese este remedio en personas tan principales y cristianísimas, cuales son los reyes de Francia, sucesores y herederos no solo del reino, sino tambien de la fe de Sant Luis, rey glorioso del mismo reino. Y que este sea milagro vese, porque sin emplastro, sin purga, ni sangría, ni otra alguna medicina, curan este mal con solo tocar al doliente diciendo: El rey de Francia te toca, y Dios te sane. Y el dia desta maravilla confiéсанse y comulgan los dichos reyes, aparejándose con toda devocion, para que Dios obre por ellos esta miraculosa salud.

§. XII.

De otros milagros muy averiguados que se vieron en nuestros dias.

No me podrá poner nadie culpa si en esta relacion de milagros hiciere mencion de los que yo he sabido y averiguado con toda diligencia. Porque tengo muchos

autores antiguos y nuevos, que no quisieron que se perdiese la memoria de los milagros que acaescieron en sus tiempos, acordándose de aquella sentencia que á Tobías dijo el ángel Sant Rafael (f): Bueno es, dijo él, callar los secretos de los reyes; mas publicar las obras y maravillas de Dios, es cosa muy loable. Pues conforme á este parecer daré aquí testimonio de las obras de Dios que vi en este muy católico reino de Portugal.

En la ciudad de Evora está un monasterio de monjas Augustinas llamado sancta Mónica, donde está una imágen del Niño Jesus; y es estilo de aquellas monjas despues de la fiesta del Sancto Nacimiento, tomar la que puede aquel Niño, y tenerlo en su oratorio, y rezarle cada dia alguna oracion, y al cabo del año hacerle alguna ropita, y restituirlo en el lugar de donde le tomó. Acaesció estar allí una virtuosa religiosa, que hoy dia es viva, muy enferma doce años habia de diversas y graves enfermedades, y á cabo de los tres primeros años dellas vinieron los niervos que están debajo de la rodilla á encogérsele de tal manera, que no podia andar sino á gatas, ó con dos muletas. Duró esta enfermedad cuasi ocho años; á la cual se aplicaron todas las medicinas y yunturas posibles, para ablandar, y extender aquellos niervos, mas sin mejoría alguna. Demas desto fué llevada á las Caldas, que son unos baños de aguas calientes, muy acomodadas para enfermedades de frialdad, y dilatacion de niervos encogidos; mas ningun beneficio con esto recibió. Probados todos estos remedios, ya desconfiados los médicos, no trataban de medicina años habia. Tenia esta religiosa otra recia enfermedad, que era sobrevenirle los primeros dias de cada mes un tan recio accidente de epilepsia, que muchas religiosas con dificultad la podian tener. Llegándose pues la fiesta del sancto Nacimiento, pretendia esta religiosa haber la imágen del Niño Jesus, para hacer aquella devocion que las otras hacian. Y antes de la fiesta comenzó á procurar con toda fe y devocion la medicina del cielo, que no podia hallar en la tierra: con lo cual cobró una grande confianza que nuestro Señor la habia de sanar, y así lo dijo á una religiosa que habia sido su maestra, la cual hizo poco caso de aquella confianza. Llegada la sagrada fiesta, diciéndose la misa mayor, estaba esta religiosa como solia asentada junto á la reja del coro bajo. Y comenzándose la epístola, súbitamente se sintió sana; mas no quiso decir nada por no turbar el oficio de la misa, la cual acabada, se levantó en pié, y dijo á las madres: Yo por la gran bondad y misericordia del Niño Jesus estoy sana. Entónces una de las madres que traia un bordon en la mano se lo dió, pareciéndole que tendria necesidad dél para andar aunque estuviese sana; mas ella tomándolo en la mano, comenzó á andar por el coro, y visto que sin él podia muy bien andar lo arrojó. Entónces fueron tantas las lágrimas y sollozos de las religiosas y las alabanzas y gracias que daban á Dios, y tanta la admiracion y espanto de ver andar por su pié á quien ocho años habian visto andar con muletas, y tanto el rebullicio del coro, que toda la gente que estaba en la iglesia hubo de saber lo que pasara; y todo aquel dia andaban las religiosas atónitas, considerando aquella maravilla. Entónces la maestra sobredicha desta religiosa, fué al Niño Jesus, que estaba en el mismo coro, y hecha un rio de lágrimas de alegría y devocion, tomó el sagrado Niño en las manos, y no se hartaba de darle

(f) Tob. 12.

besos, diciendo: Señor mio, sanastes á la Cervera; Señor mio, sanastes á la Cervera (que este era su nombre), repitiendo esta palabra muchas veces.

Mas no contento el sancto Niño con esta misericordia (porque sus obras y mercedes son perfectas), tambien la sanó de la enfermedad de la epilepsia que arriba dijimos. Porque llegando luego el primer dia de enero, cuando se esperaba este accidente, no le acudió: ántes ese dia despertó ella á los maitines tañendo, como es su costumbre, las tablas, y ni en ese dia, ni hasta hoy mas le vino tal accidente. Este milagro se publicó luego por toda la ciudad y por todos los lugares vecinos, y hizose dél informacion jurídica por el Ordinario, la cual yo leí. Y no contento con este argumento de la verdad, quise que tambien los ojos fuesen testigos della. Porque fuí al monasterio, y llamadas las madres al coro bajo, hallóse con ellas esta religiosa, y roguéle que anduviese delante de mí, y así lo hizo, andando tan bien como si ningun mal hubiera tenido. Y hoy dia es viva, y su salud da testimonio desta maravilla. Tenia esta religiosa allí una tia, prelada de aquel monasterio, que mas era madre que tia; y así ella todos estos años la curaba con mucha costa y trabajo como á hija. La cual oyese primeros dias del milagro andaba como espantada y pensativa, y diciéndole las religiosas: ¿Qué es esto, madre? Todas andamos alegres por lo que habemos visto, ¿y vos andais tan triste y pensativa? Respondió ella: Madres, no ando en mí de espanto desta maravilla que he visto, y desta tan grande merced que nuestro Señor me ha hecho. Este es sumariamente el milagro que acaesció este dia, en que el Niño Jesus nació. Mas quien oyese aquellas religiosas contar esta historia con todas las particularidades y circunstancias della, como yo la oí, no creo que por duro corazon que tuviese, dejaria de derramar muchas lágrimas de devocion y admiracion.

Mas no fué solo este milagro, porque otros muchos sucedieron despues. Mas yo entre todos estos no contare mas que uno muy señalado y muy público, y de que tuve muy particular informacion. Moraba cerca deste monasterio una muy virtuosa mujer, tan sencilla y mansa como una paloma. Esta habia cuatro años que estaba tullida de las piernas en una cama, y juntamente con esto padescia muchos accidentes trabajosísimos. Y cuando esta doliente habia de confesar y comulgar, llevábanla en una silla á la iglesia deste monasterio. Yendo pues un dia, segun tenia por costumbre, á lo dicho, acabando el sacerdote de darle el santísimo Sacramento, díjole: Esperad aquí, y ofreceros heis al Niño Jesus. Tomó pues el sacerdote al sancto Niño del altar, y púsosele delante, y llegando ella con las manos á la ropita del Niño Jesus, parecióle que interiormente le dijeron: Levántate. Y comenzando á levantarse, su padre, que estaba al lado, creyendo que le acudia alguno de los accidentes acostumbrados, comenzó á tenerla. Respondió ella entónces: Yo me puedo levantar. Y así se levantó sana la que tanto tiempo habia estado tullida; y así sana, por sus propios piés volvió á su casa, quedando atónita la gente que en la iglesia estaba, la cual se fué en pos della, espantándose de ver andar por sus piés la que ántes llevaban y traian en una silla. Y decia ella, que así como cuando llevan un hombre á ajusticiar va mucha gente tras dél, que así la seguia toda aquella gente hasta su casa, pasados de ver tan grande maravilla. Deste milagro toda aquella gente fué testigo. Quise yo tambien informarme

de la enfermedad por el médico que la curaba, por nombre Fragoso, el cual, como testigo de vista, me dió informacion, así de los años que la enfermedad habia durado, como de la causa della; y no contento con esto, fuí cuatro ó cinco veces á casa desta doliente, por la admiracion y gusto que recibia de oír la historia deste milagro con todas las circunstancias de aquella enfermedad y de la cura della. Y acuérdaseme, que la postrera ida fuí solo para saber si cuando volvió á su casa llevaba algun bordon en la mano (presuponiendo que las curas miraculosas de Dios han de ser perfectas). Respondíome que no lo llevaba. Sabia desta enfermedad otro principal médico de aquella ciudad, por nombre Ariez Diaz, y espantado de tan grande maravilla la visitó, y rogó que anduviese delante dél para ver con los ojos lo que la fama habia publicado, y así se hizo, dando él gracias á Dios por ver lo que veia.

§. XIII.

Prosigue la materia de los milagros.

No quiero perder de vista al Niño Jesus, el cual, aunque niño, es todopoderoso para hacer maravillas. Y así es la que agora contaré, la cual no há diez años que aconteció en un monasterio de monjas de Sant Bernardo, que está en la villa de Coz, término de Alcobaza. En este monasterio adolesció en principio del mes de octubre una novicia de edad de doce años. Y sería largo proceso contar los accidentes que pasó en esta enfermedad, así de epilepsia, como de otros á que los médicos nunca pudieron dar remedio. De lo cual las monjas recibian grande desconsolacion, viendo lo que aquella niña dia y noche padescia, sin hallarse remedio ni alivio para tanto mal. Duró este trabajo dende el dia de Sant Martin hasta Navidad. En el cual tenian las religiosas en un cierto lugar del monasterio el sancto pesebre, y el Niño Jesus puesto en él, con la imágen de su santísima Madre. Dijeron pues á la enferma que si queria que la llevasen á presentar al Niño Jesus, que estaba en este pesebre. Respondiendo ella que sí, tomaronla en brazos (porque ella no podia andar), y presentándola al sancto Niño, pusiéronselo en las manos. Entónces ella, puesto los ojos en la imágen de la Virgen, comenzó á decirle: Señora, no os lo tengo de dar hasta que me déis salud para serviros. Y repitiendo muchas veces estas palabras, las religiosas la exhortaban á eso, diciendo: Decid, niña, decid. De ahí á poco derribóse la enferma en tierra, y estuvo por un buen espacio como durmiendo, hasta que las monjas que presentes estaban, temiendo algun mal, la volvieron en su acuerdo. Entónces ella: ¿Para qué, dijo, me despertastes? Porque estuve yo agora viendo otra Señora, otro Niño y otro pesebre muy diferente deste que aquí está. Y dicho esto, por la virtud admirable deste sancto Niño y de aquella Madre de misericordia, que de tantos trabajos en tan tierna é inocente edad se compadesció, se levantó tan sana como si ningun mal hubiera tenido, quedando las monjas atónitas de ver esta tan grande maravilla, y dando gracias á nuestro Señor por ella. Y luego la madre abadesa mandó á una religiosa que escribiese toda esta historia de la manera que habia pasado, la cual yo leí y tuve en mi poder. Y habrá dos años que estando en Alcobaza el serenísimo cardenal infante Don Enrique (que agora es el rey nuestro señor), fué á visitar á este su monasterio, y allí las monjas le presentaron esta religiosa en quien